

Los debates sobre el rol del Japón en el sistema internacional y la dialéctica permanente: potencia militar o poder civil global en el siglo XXI.

Sergio M. Cesarin*

1. Los debates sobre la política exterior del Japón: enfoques teóricos predominantes.

Este capítulo sirve para analizar aspectos concernientes a la formulación de la política exterior del Japón en la post Guerra Fría utilizando metodológicamente las diferentes visiones teóricas aplicadas al análisis sobre el rol global del Japón, los rasgos de la política exterior japonesa después de la II Guerra Mundial y el impacto que la mutación del orden global ejerce sobre los debates internos en el seno de la dirigencia política respecto de cuál ha de ser el rol que Japón desempeñará en el sistema internacional durante las próximas décadas.

El fin de la Guerra Fría impulsó el reflatamiento de diversos marcos teóricos aplicados al análisis sobre la orientación de la política exterior japonesa entre las que se destacan tres orientaciones principales: la “visión realista” de la política internacional, el enfoque liberal-institucional y los postulados de la orientación liberal-económica.

El tradicional enfoque “realista” aplicado al Japón sostiene que el aumento de sus recursos de poder necesariamente generará una mayor convergencia entre sus propios intereses y los del sistema, intentando - si es preciso - alterar la jerarquía internacional para reflejar mejor la estructura de poder subyacente con el objeto de garantizar el logro de sus objetivos estratégicos impulsado por motivaciones que atiendan crecientemente a sus deseos de ganancia de prestigio internacional. Línea argumental sostenida – entre otros autores - por Kenneth Waltz quien afirma: «...mucho en las instituciones del Japón y su comportamiento apoyan la proposición de que tomará otra vez su lugar entre los grandes poderes».¹ Bajo esta perspectiva, un «gran poder» supone una combinación de población, territorio, poder económico, capacidad de generar recursos, un poder militar relevante e incluso estabilidad política y deseos de competencia mundial. La interpretación sugiere que el desplazamiento del Japón en el campo de las responsabilidades sobre su propia defensa² (a pesar de las inhibiciones legales e históricas a las que se encuentra sometido) indicaría aspiraciones crecientes de “au-

¹ En *International Security*, Vol. 18, No.2, Fall 1993, Pàg.44.

² Definidas taxativamente en la Constitución de 1947, pero sujetas dentro del Japón a constantes interpretaciones sobre sus reales alcances.

tonomía estratégica» y el ejercicio de un rol más activo en el escenario internacional guiado por el convencimiento de que la adquisición de capacidades militares será necesaria como garantía para el logro de sus objetivos nacionales.³

Samuel Huntington en su artículo «*Why international primacy matters*»⁴ plantea que por décadas Japón actuó de forma consistente con la “teoría realista” de las relaciones internacionales aplicada al campo económico. De acuerdo a esta visión, la estrategia de maximización del poder económico del Japón tuvo varios componentes entre los que se destacan: i) la preminencia del “productor” sobre el “consumidor”, ii) los incentivos gubernamentales aplicados a determinadas industrias estratégicas, iii) el apoyo del aparato estatal a los planes de expansión de los mercados en el exterior beneficiosos para las corporaciones japonesas, y iv) las restricciones al comercio de bienes y servicios en base al sostenimiento de altos niveles de protección arancelarios con el objeto de obtener *superávits* de balanza comercial. La visión realista *huntingtoniana* caracteriza esta estrategia como de “guerra económica” señalando que la dirigencia política japonesa responde a este imperativo proteccionista bajo la premisa de que “...no sólo la competencia económica es central en las relaciones entre las naciones, sino que el Japón debe prevalecer en ella.”⁵

Desde otra línea argumental Richard Rosecrance⁶ en su visión del Estado-comercial, plantea que la emergencia de una “coalición central” como eficiente mecanismo regulador del sistema internacional se impondrá a la tesis del “balance de poder” o la “disuasión nuclear” como patrón característico del comportamiento del sistema internacional en el siglo XXI. Japón junto a los EEUU, Rusia, la Unión Europea (la OTAN?) y China como poderes asumirían el control de la organización de un orden mundial multipolar. Prevé además, que el antagonismo futuro más complejo resultaría de una división radical entre los EEUU y Japón advirtiendo que: “...detrás de la política externa del estado comercial japonés, hierven resentimientos nacionalistas dirigidos a medio siglo de tutela norteamericana y a la negación de Occidente(...), la pasada vocación rectora del Japón en el Sudeste Asiático podría resultar tentadora en tanto se intensifique el conflicto económico con los EEUU(...)Tokio, intentaría así forjar otra esfera de coprosperidad y la influencia económica japonesa se extendería bajo la forma de tutela política o incluso imperialismo”⁷. Escenario de conflicto que - si bien Rosecrance considera improbable - dependería en última instancia de la “racionalidad” de un Japón que - según expresa - se ha caracterizado por comportarse como un actor “imprevisible” en determinadas etapas de su historia.

Un tercer enfoque teórico aplicado al análisis sobre los determinantes del comportamiento externo del Japón y aplicable a la interpretación sobre su futuro rol como poder político es el liberal-institucional cuyos postulados básicos sostienen que las instituciones internacionales atemperan los efectos de la anarquía existente en el sistema enfatizando los aspectos

3 De acuerdo al planteo de Layne, Ver: Layne, R., The unipolar illusion, *International Security*, Vol. 17, No.4, Spring 1993, Pág.38.

4 En *International Security*, Vol. 17, Spring 1993, pág.69 y subsgtes.

5 *Ibidem*, pág.77. Similar planteo sostenía Lester Thurow a fines de la década del ochenta cuando la competitividad global de las industrias estado-unidenses era puesta a prueba por las agresivas firmas japonesas. Ver. Head to head: the coming battle among Japan, Europe and America, *Warner Books*, 1992.

6 Ver al respecto: A new concert of powers, Richard Rosecrance, *Foreign Affairs*, Vol.71, No.2, Spring 1992, Pág.64 y subsgtes.

7 *Ibidem*, pág. 78.

tos cooperativos y valores comunes existentes entre las naciones por sobre los de orden conflictivo. En esta línea argumental se inscriben los planteos sobre un futuro rol del Japón como superpotencia tecnológica y cultural en un mundo crecientemente interdependiente. Las iniciativas de fortalecimiento de la presencia del Japón en organizaciones intergubernamentales o no gubernamentales internacionales, en consecuencia, responderían en esencia a la primacía de esta línea argumental sobre el resto de los enfoques en la definición de la política exterior del Japón en el largo plazo.

8 Ver al respecto: Preface, Yoichi Funabashi, en "Japan's international agenda", New York University Press, New York, 1994.

Un eje de interpretación focalizado sobre el eje económico reflejaría similares tendencias al considerar que Japón lideraría en un mundo donde las soberanías nacionales se verían minadas por redes transnacionales de mercado. Línea interpretativa sostenida por autores como Yoichi Funabashi quien destaca la concordancia existente entre esta visión de la política exterior del Japón en el presente siglo y los determinantes derivados de la utilización real de su poderío económico con el fin de cooperar en la generación de un sistema internacional estable en el largo plazo. Si bien la tensión externa producto de los nuevos desafíos en el campo de la seguridad nacional seguirá existiendo - señala Funabashi - el Japón debería considerarla una variable más del escenario político regional con destacada especificidad dentro del diseño general de su política exterior en las próximas décadas sin que ello implique recurrir a la fuerza o a la utilización del aparato militar fuera del marco de las restricciones impuestas luego del fin de la Segunda Guerra Mundial.⁸

2.1 La pervivencia de la perspectiva histórica.

Es evidente que ninguna de las teorías por sí mismas da cuenta de todos los factores intervinientes en la definición de los nuevos roles que Japón aspira asumir en el siglo XXI. No obstante la realidad escapa a la sujeción a un único paradigma interpretativo, puede ser enriquecida por el aporte de "variable blandas" que están presentes en la tradición histórica del Japón.

Después de su derrota en la Segunda Guerra Mundial, Japón vivió un notable proceso de introspección en el que el «locus» primario de los ciudadanos se reorientó desde lo público-estatal hacia la *corporación* como parte del proceso de reconstrucción de la identidad nacional perdida durante décadas de militarismo y autoritarismo político. Como resultado de la traumática experiencia colectiva, resultaba lógico que una de las consecuencias de la "insularidad forzada" a la que Japón fuera sometido luego de finalizada la contienda se expresara bajo la forma de "desinterés" en el análisis de los problemas mundiales por parte de la sociedad japonesa y particularmente de la elite política. Actitudes básicas que, paulatinamente, fueron modificadas a medida que el Japón recuperaba la senda del crecimiento económico. La autoestima colectiva sostenida por las garantías provistas por el sistema democrático de gobierno impulsaban la activa cooperación con el exterior abrieron cauce a los reclamos de progresiva recuperación de aquellos espacios autónomos de decisión políticos y estratégicos cedidos en 1945.

Al respecto, resulta ilustrativo particularizar el enfoque sobre las actitudes sociales, orientadas hacia una creciente "participación internacional" encuadradas

9 Morihiro Hosokawa fue Primer Ministro del Japón desde el mes de agosto de 1993 al mes de abril de 1994.

10 En: "Introduction", Ahaka Tsuneo y Langdon, F, en "Japan in the posthegemonic world", Ahaka Tsuneo y Langdon F, Boulder and Lynne Rienner Edit., 1993, pág.6.

11 Rasgo del sistema político japonés que intentó modificarse durante la década del ochenta. El desarrollo de nuevas capacidades analíticas que redujeran la "dependencia burocrática" formó parte de las tareas realizadas con relativo éxito por sucesivos Gobiernos. Uno de los *think tanks* más destacados que surgieron fue el Japan Institute of International Affairs dependiente del Ministerio de Asuntos Exteriores del Japón (MOFA), al mismo tiempo de creó una Oficina Especial del primer Ministro responsable de la recolección y análisis de información sobre problemas internacionales.

en las iniciativas que el ex Premier Hosokawa definiera como de «apertura al mundo» por parte del Japón.⁹ De acuerdo a esta línea argumental, la "primera apertura del Japón" la anunció la Restauración Meiji iniciada en 1868 que puso fin al sistema feudal de relaciones políticas y económicas y a un período (más de dos siglos) de aislamiento internacional deliberado. Posteriormente, la derrota en la Segunda Guerra marcó el inicio de la "segunda apertura" a partir del cual la política internacional del Japón se caracterizó por los siguientes rasgos salientes: i) una estrecha y creciente alianza con los EEUU, ii) una política de *seguridad minimalista* basada en las garantías obtenidas en el tratado de seguridad y defensa firmado con ese país determinante del mantenimiento de capacidades militares estrictamente defensivas y no ofensivas, y iii) una estrategia de crecimiento económico orientada al fortalecimiento de las industrias nacionales y la creación de una base industrial de desarrollo en Asia Pacífico que sostuviera el esfuerzo de competencia global de las empresas japonesas.

Igualmente importante fue el hecho de que la conducción de la política exterior durante casi todo el período de *post guerra* se sostuviera en el fuerte consenso político interno producto de la hegemonía política del Partido Liberal Demócrata (PLD). Tsuneo Akaha afirma al respecto: "... el proceso de toma de decisiones en Tokio está dominado por una cerrada burocracia. Los burócratas especialmente del MITI pudieron guiar los esfuerzos del Japón de manera tal de fortalecer un sector empresarial subdesarrollado y hacerlo partícipe clave en la

implementación de una estrategia industrial nacional»¹⁰. Como resultado de esta característica sistémica del Japón, la intermediación (intervención) burocrática controlaba los *think tanks* responsables de generar insumos de conocimiento sobre la dinámica del sistema político mundial dominando durante medio siglo el flujo de información estratégica hacia la elite política y, por ende, la esencia del sistema de toma de decisiones del poder político japonés.¹¹

A mediados de la década del cincuenta Japón había superado la etapa de reconstrucción económica de postguerra y logrado su plena recuperación económica en gran medida fortalecido por la redefinición de su rol como socio estratégico de los Estados Unidos en Asia. En las décadas del sesenta y setenta la economía nipona creció a tasas promedio del 6% anual generando renovados debates sobre la "contribución del Japón a la comunidad internacional" uno de cuyos efectos perturbadores salientes fue la ruptura del consenso interno existente entre las distintas fuerzas políticas respecto del rol regional e internacional a cumplir por Japón, la legitimidad de la alianza con los Estados Unidos y la necesidad de correlacionar los nuevos márgenes de acción económica internacional con mayores dosis de decisión política autónoma abriendo un período de revisión crítica sobre aspectos esenciales de las relaciones exteriores del país. Las críticas recayeron sobre la política Washington-dependiente resaltando como negativas las constantes presiones ejercidas por Estados Unidos en el campo comercial con el objeto de

equilibrar la balanza bilateral netamente favorables a Japón. Presiones a las que Japón interpuso exigencias sobre un “reparto equitativo de la carga de los costos de su defensa” por parte de ambos aliados.¹² Como resultado de la combinación entre las presiones estadounidenses y el viraje conservador crítico en la posición japonesa, Japón incrementó sus gastos de defensa (hasta entonces por debajo del límite constitucional del 1% de su PBI) y los flujos de Asistencia Oficial para el Desarrollo (ODA) hacia países considerados de particular significación estratégica como Egipto, Pakistán, Tailandia, las Filipinas, Indonesia y Turquía.

12 La presión ejercida por la población local de Okinawa disparó, sin dudas, cierto disconformismo de la dirigencia japonesa en relación a la actitud de los Estados Unidos.

13 Bajo el Gobierno de T. Kaifu.

14 Tesis recurrentemente sostenida por China para justificar la orientación del diseño de su política exterior en relación al Japón.

En las décadas del ochenta y noventa, las sucesivas crisis del petróleo, el conflicto de Camboya, la guerra Iran-Irak y la crisis política en Filipinas enfrentaron al Japón con un nuevo campo de incertidumbres que generó la necesidad de aumentar el rango de “opciones de operación independiente” respecto del marco provisto por los EE.UU aplicado al manejo de crisis e iniciativas de intervención en conflictos regionales. De esta forma, la respuesta del Japón a las nuevas contingencias internacionales en la post Guerra Fría resultó en una mayor correlación entre poderío económico y capacidades político-diplomáticas, militares y de defensa.

En consecuencia, la “tercera apertura” al mundo consistiría en la búsqueda de un nuevo rol para el Japón reconociendo su limitada participación en los asuntos internacionales. La gradualidad y prudencia evidenciadas en este intento lento de apertura fueron puestos a prueba cuando los EE.UU requirieron la contribución militar del Japón en la Guerra del Golfo en 1991. Argumento que sirvió para - aún cuando el Gobierno japonés no logró la aprobación parlamentaria sobre el envío de un contingente de las Fuerzas de Autodefensa (FAD) al Golfo Pérsico - generar dudas sobre la adscripción del Japón a la “idea del pacifismo” como esencia de su política exterior de postguerra, impulsando la formación de un “nuevo consenso interno” entre las fuerzas político-partidarias bajo la presunción de que Japón sería forzado a acrecentar su participación en la resolución de conflictos internacionales de nuevo tipo en el futuro.¹³ Las apreciaciones y opiniones resultantes son coincidentes en afirmar que la Guerra del Golfo constituyó un punto de inflexión para la política exterior del Japón, para su comprensión sobre el futuro rol en el sistema internacional y el *test* más importante a que fuera sometida la consistencia de su compromiso con la paz como constante de su política exterior durante el último medio siglo.

Como resultado, los debates otorgaron renovado impulso al “enfoque realista” señalando que el comportamiento evidenciado por el Japón era consistente con sus postulados, ya que - sostenía el argumento - era posible que los valores sociales mutaran rápidamente y el país evolucionara nuevamente -aunque muy lentamente - desde el pacifismo hacia el activismo militar. La lectura sobre los cambios de orientación en el comportamiento exterior del Japón resaltaban que los mecanismos inhibidores internos que atenuaban la participación del Japón en conflictos internacionales (regionales) retardarían pero no evitarían indefinidamente el resurgimiento del nacionalismo y el militarismo japonés.¹⁴

15 Por lo tanto Japón considera "positiva" la iniciativa de creación del ASEAN Regional Forum (ARF), el cual extiende los mecanismos de coordinación sobre políticas económicas y comerciales al ámbito de la seguridad subregional en el Sudeste de Asia.

Las lecciones derivadas de las discusiones internas fueron diversas. En primer lugar Japón asumió la necesidad de desarrollar un acuerdo "políticamente sustentable" (largo plazo) que minimizara (si bien no eliminara) las fricciones periódicas con los EE.UU centrado sobre los mecanismos e instrumentos aplicados a equilibrar los costos de su defensa trasladando mayores responsabilidades hacia Japón. La alianza no sería modificada en su naturaleza, pero sí deberían generarse *inter alia* espacios para la adopción de cursos de acción independientes en beneficio del Japón. En segundo lugar, la dirigencia

política japonesa percibió que los modelos y procesos de toma de decisiones internos eran demasiado lentos para enfrentar una crisis regional, tornando imperativo que los aspectos procedimentales de la lógica burocrática fueran superados por medio de la dotación de un mayor caudal de información estratégica a la elite política absorbiendo ésta funciones que antes le eran ajenas o consideradas no vitales para sus intereses. Desde comienzos de la década del noventa, se consideraron acciones concretas en tal sentido las iniciativas de fortalecimiento de los mecanismos de análisis, obtención y procesamiento de información "estratégica" que ampliaron los campos de incumbencia y decisión de ministerios y agencias gubernamentales "políticas" en desmedro de las agencias y ministerios responsables de la política económica del Japón.

Al mismo tiempo, Japón articuló estrechamente sus intereses de seguridad con los de la comunidad internacional atendiendo particularmente al posible surgimiento de conflictos en su periferia. Consecuentemente, Japón asumió protagonismo al contribuir a la creación y consolidación de un sistema de seguridad regional que tuviera por objetivo disuadir la agresión militar, someter a negociaciones los diferendos existentes y limitar la carrera armamentista en Asia.¹⁵ El nuevo equilibrio interno político-burocrático y la participación del Japón en un régimen de seguridad regional en Asia fueron -desde la perspectiva liberal-institucional- también interpretados como un desplazamiento hacia una visión "realista" sobre los asuntos mundiales por parte del Japón.

2.2 El juego interno de intereses.

Este punto enfatiza los aspectos relevantes de la estructura de poder interno y los mecanismos de construcción de identidades y consensos con el fin de comprender los condicionantes y restricciones existentes en el diseño de la política exterior del Japón de la *post Guerra Fría*. Los analistas japoneses admiten en general, que su nación carece de iniciativas de política exterior aplicadas a mejorar su posición en el sistema internacional. No obstante -reconocen- el centro de la discusión no radica en la falta de debate interno, en la carencia de voluntad por parte de los decisores para articular sus visiones sobre el posible futuro rol del Japón con las tendencias de evolución del sistema internacional, o en la escasez de recursos de poder y atributos materiales aplicables al logro de los objetivos vitales sino, principalmente, en *restraints* internos de distinto tipo. Focalizan el interés en los condicionantes que definen la urgencia por superar la pasividad y la prevalencia de las «*gaiatsu*» (presiones externas) e inducir la asunción de nuevas responsabilidades internacionales acordes con su poderío económico.

Las respuestas en su mayoría destacan factores volitivos y decisionales de la elite gobernante del país, la propia naturaleza del sistema político que se desarrolló en la postguerra y la inestabilidad de su liderazgo a partir de fines de la década del ochenta¹⁶ del que sobresalen las tradicionales relaciones entre empresas, política y burocracia sumadas a las dificultades inherentes a una tradición política de antigua data basada en la preminencia de complejas redes personales de intereses (*jinmyaku*) dentro del proceso de toma de decisiones públicas.¹⁷ Al respecto, coinciden en la necesidad de un extenso proceso de cambio cultural que influya en la definición de nuevas imágenes sobre las cuales el Japón ha de basar su comportamiento en las próximas décadas. Plantean –por ejemplo–: “*la justificación intelectual de la pasividad japonesa se ve reforzada por los supuestos culturales acerca de la naturaleza del liderazgo: los japoneses no disputan el liderazgo, se crece en la tarea a través del tiempo. El liderazgo es una vocación que requiere un largo entrenamiento. Si el Japón debiera liderar, el presente sería el inicio de un largo proceso de aprendizaje*».¹⁸ Proceso cuya ventaja evidente resultaría en un Japón más sensible a los cambios en el escenario internacional que contemple el “ajuste dinámico” de su comportamiento exterior basado en la reformulación de la situación de permanente tensión que la clase dirigente japonesa advierte existe entre la “internacionalización” que conlleva un individuo y sociedad más abiertos a lo externo y la relevancia de “lo japonés”. Esta tensión entre el *ouchi* (inner) y el *roto* (outer) es permanente y difícil de superar, pero es posible afirmar que está en crisis.

Uno de los campos más interesantes de debate en el Japón actual es el que brinda el conjunto de «libros de visión» escritos por líderes políticos japoneses durante las dos últimas décadas. No debemos olvidar que los liderazgos personales son un rasgo distintivo de la cultura política japonesa y, por consecuencia, el poder e influencia de estos líderes es determinante para sensibilizar a la dirigencia política e influir en la generación de una política exterior proactiva. En ellos se observa que a pesar de las diferencias de opinión, líderes como Hosokawa, Ichiro Osawa, Masayoshi Takemura, transmiten el mismo mensaje: Japón necesita revertir su imagen de «*trading-state*» y llevar adelante un rol más positivo y activo en la escena internacional. Coinciden - en general - sobre la idea de la necesidad de imponer la reforma del sistema político y económico del país transformando esta demanda en el centro de atención de la clase política japonesa y (crisis asiática de por medio) colocarla al tope de la agenda política interna. Al respecto Fukushima K. expresa: “...*los días de la «pequeña política» y las guerras menores por parcelas sobre la distribución de beneficios económicos llegó a su fin con el fin de un “tipo de Estado” en el Japón y el debate político actual está enfocándose hacia «issues» más amplios de política*».¹⁹ El punto temporal de inicio de esta corriente de pensamiento en Japón podría fijarse en 1993 cuando el Partido Liberal Democrático (LDP) perdió la hegemonía del poder político. Otra perspectiva indica que el punto de inflexión es aún anterior situándolo entre 1985 y 1987 cuando bajo el Gobierno de Nakasone Japón intentó diseñar su “propia” política exterior. Este diseño autónomo consideraba que Japón debía afrontar la amenaza soviética reforzando sus

16 En un período de cuatro años entre 1989 y 1993 se sucedieron cuatro Primeros Ministros: Takeshita, Uno, Kaifu y Miyazawa.

17 Característica del sistema político japonés que Karl Wolferen enfatiza. En: “The Japan problem revisited”, Karl Wolferen, *Foreign Affairs*, Fall 1990, Pág.42 y subgtes.

18 *Ibidem*, Op.Cit.

19 En: “The revival of big politics in Japan”, Kiyohiko Fukushima, *International Affairs*, Vol.72, No.1, 1996, pág.54 y subgtes.

20 El seguimiento y determinantes de la acción del Japón en la gestión de la crisis financiera actual por la que atraviesan las economías asiáticas brinda un escenario real de aplicación de estos supuestos.

capacidades defensivas y abrirse a la competencia de las empresas e inversores extranjeros ya que el mercado japonés por su magnitud - se argumentaba – era considerado un “bien público mundial”. Reforzaba esta presunción la afirmación del liderazgo japonés en el G-7 y su posicionamiento como el principal acreedor mundial.

En la actualidad, la dialéctica interna sobre las visiones del Japón del siglo XXI señalan como temas relevantes de la agenda política los referidos a seguridad regional e internacional y reforma económica interna a fin de maniobrar exitosamente en un contexto de enorme transformación económica y política en Asia Pacífico. Respecto del primer punto, los principales líderes políticos japoneses coinciden en que Japón debe mantener la fuerte alianza con los EEUU por diversas razones: i) en primer término Japón es aún percibido con desconfianza en diversos países de la región, ii) la garantía del poder estadounidense funciona como inhibidora de conductas rupturistas al participar de la creación de un orden de equilibrio regional emergente, iii) resulta necesario contar con los recursos financieros que aportan los Estados Unidos para mantener su capacidad operativa defensiva, iv) consideran de suma importancia la influencia beneficiosa que el sostenimiento de una baja capacidad operativa por parte del Japón ejerce sobre los vecinos asiáticos manteniendo dentro de límites controlables la carrera armamentista en Asia y, v) posibilita aplicar recursos fiscales a la recuperación económica y transferir recursos presupuestarios hacia las economías de la región en apoyo de sus firmas. Durante dos décadas Japón ha sido capaz de crear una nueva “división regional del trabajo” con sus vecinos asiáticos de la cual derivó una fuente constante de crecimiento económico global. En consecuencia, quienes relativizan la necesidad de la estrecha colaboración con los Estados Unidos admiten que Asia es un área de “intereses vitales” para el Japón a la cual desea imprimir sus “propias características” y, por ende, un factor de posible perturbación futura en su relación con los Estados Unidos que provocaría la ampliación del disenso entre aliados.²⁰

Con referencia a los debates sobre la reforma del sistema económico japonés, las discusiones reflejan críticas directas sobre: i) la falta de orientación y liderazgo de la clase política (las demandas sociales son claras en tal sentido), ii) la gestión del proceso de desarrollo económico cuyos ejes de gestión postguerra parecen haber alcanzado el punto de agotamiento; durante los últimos tres años el país evidenció tasas de crecimiento negativas o de menos del 1% y la situación financiera en la que se encuentra sumido lo coloca cerca de una crisis fiscal sin precedentes, iii) la lentitud del proceso de desregulación cuyos principal obstáculo reside en inercia de la burocracia estatal consciente de que los procesos en curso amenazan sus privilegios, y, iv) el rol de Japón en la economía mundial y la permanente fricción comercial con los EEUU.

3. La necesidad de un enfoque comprensivo sobre el Japón.

En principio la perspectiva dominante en el pensamiento “realista” resulta aceptable para explicar las condiciones estructurales y sistémicas producto de las

cuales Japón intenta convertirse en un actor con aspiraciones de liderazgo global fundado no solamente en sus atributos como poder económico sino incluso militar. Pero es restringida al no contemplar -con todo su valor explicativo - que la decisión final sobre el rol que ha desempeñar en el sistema internacional depende de la compleja trama decisional interna y la configuración de fuerzas políticas condicionadas por una miríada de factores históricos, culturales y tradicionales que van más allá de los condicionantes externos. La imagen de un Japón compitiendo por socavar la hegemonía norteamericana (Huntington) a través de fuerzas guiadas por un irredentismo nacionalista es difícil de imaginar en tanto el ideal «pan-asiático» de la década del treinta y cuarenta ha sido reemplazado por una política desligada de pretensiones ideológicas que legitimen aspiraciones hegemónicas. Desde el fin de la II Guerra Mundial el pacifismo (*post war mentality*), la despolitización, y la rutinización de la sociedad han hecho menos fuerte tal irredentismo y lo han constreñido a una reivindicación histórica patrimonio de las fuerzas políticas de la ultraderecha japonesa.

21 Incluso, dentro de las denominadas Nuevas Directrices de Defensa negociadas con los Estados Unidos, el Japón se reserva sólo el apoyo logístico a la acción de fuerzas internacionales, pero no aspira a que sus tropas cumplan roles de combate en Asia.

La percepción de la sociedad japonesa sobre el concepto de liderazgo mundial rememora imágenes negativas de la guerra y la memoria colectiva resalta los temores sobre el reflotamiento de un pasado oprobioso. Si la definición de liderazgo mundial significa expansión de valores, éste tampoco parece ser el objetivo perseguido por Japón en el mediano plazo en tanto los mecanismos de retracción internos lo mantendrían dentro de los límites de su “insularidad”. Cuestiones relativas a la paz y seguridad global y regional continuarán siendo temas sensibles internamente y el “argumento pacifista” excluirá *a priori* al Japón de cualquier modelo de equilibrio regional que implique el despliegue de sus Fuerzas de Autodefensa (FAD) fuera de los límites de sus territorio o en función ofensiva.²¹ No obstante, no podrá considerarse esta actitud como permanente; los actuales debates sobre reforma constitucional en Japón apuntan a relegitimar su eventual rol como poder militar en el futuro modificando el texto del Artículo noveno de la constitución de postguerra.

La reflexión sobre un concierto de naciones con Japón como uno de sus administradores se puede poner también en duda. No existe consenso en Japón para ello; la voluntad de participar en un concierto tal y la asunción de roles específicos dentro del mismo precisa de actores con identidades políticas definidas y Japón sufre un período caracterizado por alteraciones recurrentes en su vida política, coaliciones vulnerables, incertidumbre y resistencia al cambio.

En cuanto a la posible expansión del protagonismo del Japón sobre aspectos de seguridad y defensa internacionales, surgen en principio tres condiciones esenciales para que se concrete. Primero, debería estar basado en un consenso nacional sostenido difícil de alcanzar en las actuales circunstancias. Introduciría aquí un factor adicional en la formación de decisiones sobre política exterior en el Japón - si bien excediendo los alcances del presente trabajo - como es la “relativa ausencia de opinión pública”. Con limitada influencia en la actualidad, recibe mayor ponderación como resultado del surgimiento de jóvenes generaciones críticas del modelo de organización político, social y de inserción externa del Japón de postguerra

22 Ver al respecto: "Introduction: Japan's international agenda for the 1990s", en Japan's international agenda, Yoichi Funabashi Edit., New York University, New York, 1994.

cuyos intereses y opiniones deben ser incorporados al debate político. Atendiendo a las nuevas demandas sociales, los diversos partidos políticos de oposición coinciden en señalar la necesidad de ampliar el consenso interno mediante la discusión pública de las medidas sobre reforma económica. En segundo término, la nueva posición del Japón debería contar con la aceptación de sus vecinos asiáticos lo cual requiere estrategias de negociación tendientes a quitar entidad a las persistentes "anomalías en la lectura histórica de los hechos pasados" enfatizando los rasgos positivos de una futura estructura de relaciones de poder regionales. Finalmente, precisa también de la coordinación y consulta con los Estados Unidos.

En síntesis, en el mediano plazo probablemente Japón concentre sus recursos de poder en consolidar su rol como poder económico, en tanto evoluciona en el largo plazo hacia la recuperación de un espacio de poder político-militar cedido luego de su derrota en 1945. El lento ascenso a una nueva jerarquía internacional no es un proceso exento de rispideces y oposición interna y externa en tanto la adquisición de renovadas capacidades políticas pueden ser percibidas como orientadas hacia el logro de metas de fortalecimiento de su poder militar ofensivo. Hasta el presente la principal oposición respecto de un status de poder militar (remilitarización) proviene de las mismas fuerzas políticas y sociales en Japón las que, no obstante, pueden ser progresivamente modificadas con el fin de garantizar su seguridad amenazada permanentemente por potenciales conflictos en la periferia.

4. Los probables escenarios.

*Aquel a quien no le preocupa el futuro,
se topará con la desgracia.
Confucio.*

A pesar de los esperados y necesarios cambios que han de producirse en su sistema político, la comprensión unívoca de un mundo en el que Japón ha de desarrollar un activo rol abarca a todo el espectro ideológico del país. El más acendrado "neoconservadurismo", las posiciones "revisionistas" y el espectro de fuerzas "reformistas" coinciden en que un escenario de paz y estabilidad mundial es el que ofrece las mayores oportunidades para el logro de los intereses nacionales del Japón en las próximas décadas aunque disienten sobre los instrumentos, medios y recursos necesarios con los que deberá contar para sostener una activa política internacional en un nuevo escenario mundial.

Hasta el presente priman los enfoques de un modelo cercano al de Funabashi y un Japón prototipo de *civilian state*,²² con recursos de poder político, económico y científico incrementales a fin de sostener sus intereses globales. No contradictorio con el sostenimiento del principio de adhesión al "pacifismo" que ha sido rector en la política exterior del Japón de la post guerra, la evolución de la sociedad japonesa y de la dinámica política internacional tienden a la aceptación de un

proceso de “adquisición” de nuevas capacidades en tanto construye su nueva identidad como poder global. Este modelo de *civilian state* admitiría: i) el ejercicio de un tipo de “liderazgo benevolente” en Asia y el mundo a través del otorgamiento de ayuda económica extendiendo la influencia de su ya por sí considerable poder económico y, ii) el sostener su “filosofía del capitalismo” tendiente a privilegiar la redistribución de riqueza mundial, en un escenario caracterizado por el creciente conflicto entre sistemas económicos por naturaleza antagónicos, un sistema “equitativo” (el Japón como un Estado y sociedad paradigma del igualitarismo económico) y otro de raíz inequitativa como el sistema económico anglosajón. La esencia de este conflicto se percibe en las palabras del canciller Koumura respecto a las aspiraciones japonesas de “dar elementos humanos a la globalización” en el largo plazo.²³

Pensar en Japón como “poder civil global” no implica renunciar a las garantías de seguridad derivadas de su alianza estratégica con los Estados Unidos pero sí en la ampliación de los límites autónomos de decisión sobre seguridad y defensa. Esta posición admitiría mantener a Japón bajo el principio irrenunciable del pacifismo al mismo tiempo que, internamente, legitima las expresiones de disenso sobre la necesidad de sostener invariable la alianza con USA. Críticas que - como plantea R. Lehman - plantean que las discusiones entre Estados Unidos y Japón sobre sus “nuevas responsabilidades globales” sólo encubren un conjunto de iniciativas que el Japón debe asumir para “ajustar” su política a la del hegemon americano pero no definen cómo serán tenidos en cuenta los deseos y objetivos del Japón en el nuevo orden mundial.²⁴

La extensión del concepto de seguridad hacia nuevos campos como el de la proliferación nuclear, el terrorismo internacional, el medio ambiente, e incluso su aplicación en el “sistema financiero internacional”, también requerirá el rediseño de los instrumentos de inserción a nivel regional en Asia por parte del Japón. Las fuertes presiones de los EE.UU en este sentido son evidentes y no parecen reflejar el modelo de “multipolaridad” deseado por Japón. En consecuencia, el posible disconformismo respecto del *status* probable que le sea asignado también influirá sobre los márgenes de acción unilateral que el Japón aplique para con su socio estratégico. Planteado como interrogante desde la lógica pragmática del Japón, cabe analizar si este previsible “rol más independiente” no podría considerarse legítimo en función de la probada ineficacia con la que los Estados Unidos han intervenido en Asia desde 1945.²⁵ De todas formas, la transición desde una situación de *pax americana* hacia un orden de *pax consortis* (es decir hacia una probable estructura de liderazgo colectivo con los Estados Unidos como *primus inter pares*) es funcional a los intereses de largo plazo del Japón.

Japón evalúa los costos de su activa participación en los mecanismos de seguridad en términos de desconfianza y agresividad política a nivel regional. Si una constante es posible descubrir en el comportamiento externo del Japón en la región

23 Discurso pronunciado por el Ministro de Relaciones Exteriores del Japón Masahiro Koumura sobre “Japan’s leadership for the future in Asia”, *Nikkei Weekly*, 27 de octubre de 1998.

24 Al respecto se aconseja la lectura de: R. Lehman, en “The process of Japanese foreign policy, focus in Asia”, Richard L. Grant (Edit.), *The Royal Institute of Foreign Affairs*, 1997, Cap.2.

25 Esta línea argumental considera como pérdidas efectivas para la diplomacia estadounidense y fracasos militares de los Estados Unidos en Asia durante la postguerra sus intervenciones en China Continental (1945-1949), Corea (1950-1953) y Vietnam (1965-1975).

han sido los permanentes esfuerzos de la diplomacia japonesa por tornar creíbles sus objetivos pacíficos; de hecho algo que Japón aún no ha logrado aunque haya sí aumentado los márgenes de esta aceptación. Antes que la aplicación de recursos políticos, diplomáticos y económicos a la gestión de una política exterior neutra en términos de adquisición de nuevas capacidades, la diplomacia japonesa ha invertido recursos en la “deconstrucción” de un conjunto de percepciones que ligan al Japón con un pasado de hostilidad en relación a los Estados de la región. En consecuencia, Asia no aceptará su “remilitarización” aún cuando admita márgenes de acción ampliados para Japón.

La evolución hacia una posición como polo de poder en un orden multipolar en el siglo XXI se producirá dentro de marcos institucionales preestablecidos. Las Naciones Unidas (N.U), el G-7, los foros de cooperación y coordinación de políticas regionales o bien los multilaterales de alcance universal constituyen todos ámbitos en los que se impone la consulta y la acción coordinada y dentro de los cuales Japón evidencia un fortalecimiento de sus márgenes de acción. Así como la burocracia cumple en el Japón una “función de intermediación” respecto de un “orden superior” de cosas, las organizaciones internacionales también son percibidas de la misma manera respecto del orden internacional. El comportamiento del Japón en las organizaciones internacionales refleja esta –relevante– función de intermediación característica de la cultura política japonesa, en las que se mezclan nociones particulares de jerarquía mundial, respeto a la estructura internacional e influencia difusa. En este último punto es apreciable cómo Japón puede canalizar a través de las diferentes instituciones internacionales aquellas acciones que no desea llevar a cabo de manera directa.

La construcción de un nuevo rol global por parte del Japón se materializará en la cooperación con las economías avanzadas dentro de las instituciones que puedan contener los conflictos de nuevo tipo con los que el sistema internacional se enfrenta atendiendo a la solución coordinada de dichos problemas por medio de instrumentos como la contribución a las operaciones de *peacekeeping* de las Naciones Unidas y los instrumentos para el control de armamentos de destrucción masiva. Su compromiso con el sistema económico internacional reforzaría en esa instancia su compromiso por contribuir a mantener una economía mundial abierta, un sistema de multilateral de comercio no discriminatorio, la cooperación para la reforma económica en países en fase de transición *post* comunista y el aumento de los flujos de asistencia económica oficial para el desarrollo.

5. Conclusiones. Notas para la Argentina.

De acuerdo a lo expuesto, la Argentina necesita reflexionar sobre el enfoque que aplicará al desarrollo de sus futuros vínculos con un Japón cualitativamente distinto al de post guerra. Si la Argentina en 1898 “pensó en Japón” y estableció la necesidad de consolidar sus lazos con Imperio distante, los cambios producidos en el escenario internacional imponen en función prospectiva que la Argentina piense “al” Japón del siglo XXI y estructure en consecuencia una estrategia de relaciones con renovados rasgos. Si bien asumir tendencias posibles de evolución del compor-

tamiento del Japón es riesgoso también es necesario en función de la previsibilidad con que el diseño de nuestra política exterior debe contar a fin de sortear los nuevos desafíos.

Desde esta perspectiva podemos enmarcar la posible evolución de las relaciones entre Japón y nuestro país en base a los siguientes determinantes:

- Reflexionar sobre la evolución del escenario intrasiático refuerza la necesidad de la comprensión de un orden regional emergente en el que se destaca la puja por la primacía entre China y Japón. La relación entre China y Japón definirá el equilibrio regional en Asia y la concordancia o asintonía de sus intereses impactará sobre el orden mundial del siglo venidero. Para la Argentina en este sentido sólo resta observar la evolución de la situación maximizando su capacidad de comprensión en el espíritu que brinda el reconocimiento de las escasas capacidades de influir en dichos procesos pero que, sin embargo, no implica negar la posibilidad de plantear escenarios alternativos que le permitan brindar respuestas políticas efectivas ante el probable cambio de la ecuación de poder en Asia.

- Respecto de las líneas principales de la diplomacia japonesa en el mediano plazo las mismas señalan los esfuerzos del Japón encaminados a asumir sus “nuevas responsabilidades internacionales” por medio del ingreso como Miembro Permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (CSNU) con claros objetivos focalizados hacia el fortalecimiento de políticas de cooperación técnico-científica para el desarrollo que Japón considera relevantes pese al fin de la bipolaridad estratégica²⁶. Su posible ingreso al CSNU señalaría en la práctica: i) sus aspiraciones de “correlacionar” poder político y económico, ii) sería indicativo de las cualidades que desea imprimirle a su posible “liderazgo” en un mundo multipolar y, iii) razones prácticas y de necesidad orientadas a obtener “legitimidad externa” para el despliegue de fuerzas militares (Fuerzas de Autodefensa, FAD) fuera de su territorio (hasta el momento prohibido por la constitución del país) como parte de los contingentes militares partícipes en la resolución de conflictos internacionales.²⁷ La Argentina no apoya las aspiraciones del Japón, no por considerarla ilegítima o carente de justificación, sino con el fin de no sentar un precedente que sirva para legitimar el ingreso de otros estados en el marco de la ampliación del número de miembros permanentes de CSNU.²⁸

- La comprensión de la situación general de Asia en el mediano y largo plazo realza la importancia de la agenda regional de seguridad, la estabilidad económica y el desarrollo sostenible. La variable política seguirá siendo una “variable independiente” no directamente extrapolable a la definición del perfil de nuestra diplomacia regional. Erróneo sería suponer que la transición desde regímenes autoritarios o totalitarios hacia regímenes democráticos en Asia sea un proceso fácil de implementar en contextos socio-culturales heterogéneos. Aspecto en el que Argentina y Japón

26 “La diplomacia del Japón de hoy”, Embajador Kiyohiko Arafune, en *Revista de la Escuela de Inteligencia*, Volumen 5, Número 3, 1996, págs. 51 a 57.

27 Este objetivo surge expresamente del acuerdo alcanzado entre el tradicional PLD liderado por el Primer Ministro Keizo Obuchi y el líder del Partido Liberal Ichiro Ozawa. El compromiso de ambos partidos estipula que el Parlamento (Diet) puede autorizar el uso de las FAD en el exterior cuando se observen las siguientes circunstancias: i) el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas “invite” a Japón a participar con un contingente bajo la conducción de las Naciones Unidas, y ii) las acciones que se requieran no se encuentren directamente ligadas al uso de la fuerza. La iniciativa de reforma de la legislación interna que prohíbe estas acciones formó también parte del compromiso programático de ambos partidos políticos durante 1999.

28 Específicamente Brasil por América latina.

29 Japón comparte el criterio respecto de la ineffectividad de las sanciones económicas aplicadas a Cuba. En particular, este enfoque fue aplicado por el Japón con relación a la Argentina durante el conflicto del Atlántico Sur en 1982.

30 En 1997 el 40% de las exportaciones argentinas al Japón fueron mineral de cobre; se estima asimismo que el tamaño del mercado de energía se duplicará en Asia en la primera década del próximo siglo con la consiguiente presión de demanda en el mercado mundial de hidrocarburos, gas, e infraestructura energética en general.

divergen particularmente en la aplicabilidad del principio de garantía de los derechos humanos. Ambos países consideran a la democracia y los derechos humanos valores universales pero la aplicación de diferentes *stándares* separa las preferencias a nivel bilateral. La Argentina considera que la "situación nacional" puede ser sujeto de escrutinio internacional, en tanto para Japón éste es un capítulo particularmente sensitivo en su relación con los países asiáticos al reconocer un pasado traumático que inhabilita su adscripción a una "política moralmente militante" en el campo de los derechos humanos. Lejos de sostener una moral internacional o fundar en criterios morales su política exterior, el Japón se sentirá constreñido permanentemente por su pasada historia. Visiones similares comparten Japón y Argentina sobre la relativa ineficacia de los mecanismos de penalización y sanción económicas (comerciales y financieras) unilaterales o multilaterales en un escenario internacional caracterizado por la multiplicidad de actores intervinientes con capacidades propias de neutralizar o eliminar los deseados "efectos restauradores" de esas iniciativas.²⁹

- Pensar al Japón como un modelo alternativo de capitalismo. Japón no es sólo un "superpoder económico" sino, fundamentalmente, un modelo exitoso de desarrollo económico contrapuesto al modelo de "capitalista anglosajón". Primer donante de ayuda oficial para el desarrollo en Asia, generador del endógeno proceso de industrialización asiático, constituye un ejemplo de la armonía exitosa entre Gobierno y empresarios. Atributo de la economía japonesa que es discutido hoy pero que no implicaría una ruptura con el modelo de postguerra sino una "armonización adaptativa" a las nuevas exigencias del escenario político y económico internacional.
- Como ha sido parte de su tradición durante el último medio siglo, Japón proyectará sus nuevas capacidades hacia las economías en desarrollo. El modelo del estado y sus capacidades de «intervención selectiva» entendidas como la aplicación de políticas activas de fomento industrial y comercial asumió en Asia distintas facetas pero que concuerdan, en líneas generales, con el sistema japonés de organización económica. Por lo tanto, la "ejemplaridad" del modelo japonés para los países en desarrollo seguirá vigente siendo determinante en la recreación de una forma de entender "el y al Estado".
- Los modelos de desarrollo asiáticos enfrentan desafíos relativos a la "sustentabilidad" del crecimiento económico en razón de las dudas que persisten sobre sus capacidades de autoabastecimiento de alimentos y energía³⁰ Capítulo de importancia estratégica para la Argentina y definitorio del compromiso de acercamiento con Asia a fin de ganar oportunidades de mercado, atraer inversiones de firmas japonesas y sostener objetivos de optimización de procedimientos de inserción económica en Asia para lo cual el apoyo y experiencia del Japón es determinante.
- Pensar en Japón como un actor unívoco es un error. Por el contrario, una

compleja y fragmentada estructura institucional opera sobre la definición de la política exterior del Japón. Persisten aún restricciones burocráticas internas que constituyen *constraints* institucionales de relevancia a ser tenidos en cuenta en el desarrollo del análisis sobre la evolución futura del Japón.³¹ La visión “Estado céntrica” o de “Estado reactivo” - como la define Kent Calders - no puede ser aplicada al Japón. Por el contrario, la multiplicidad de instituciones intervinientes y su grado de concentración de información estratégica sobre los cambios en el escenario internacional constituyen la “llave” para interpretar la compleja trama decisional interna.³² Probablemente sea en las *para public institutions* donde el rol internacional proactivo del Japón puede mejor evaluarse. Es decir, en instituciones y agencias no formalmente gubernamentales o sujetas estrictamente a los dictados del poder político, pero apoyadas por el estado japonés que funcionan en coordinación con las demás agencias del Gobierno. Las organizaciones externas del Japón complementan el práctica las exigencias que otras organizaciones por distintas restricciones no logran. Ejemplo de ello son la Japan External Trade Organization (JETRO), la Japan International Cooperation Agency (JICA), la Japan International Development Agency (JIDO) y otras que tienen presencia activa en la Argentina. Las instituciones (semi) privadas pertenecen a la “comunidad de negocios” del Japón y desempeñan un rol determinante en los asuntos exteriores económicos y políticos del país siendo relevante atender a su formación corporativa y conducta burocrática.³³

31 Calder enfatiza el “secionalismo” que caracteriza la organización burocrática japonesa en general y a la gubernamental en particular.

32 respecto a la reciente reorganización administrativa del Estado propuesta ver: “Reform proposals get mixed start”, Yuniku Suzuki, *The Nikkei Weekly*, august 25, 1997, pág. 4.

33 Un pomenorizado análisis sobre el rol de las distintas instituciones en la política exterior del Japón se encuentra en: “The institution of japanese foreign policy”, Kant E. Lander, en “The process of japanese foreign policy, focus in Asia”, Edited by Richard L. Grant, *The Royal Institute of International Affairs*, London, 1997, pág. 1 a 24.

- Como resultado de la primacía del “enfoque funcional” de la integración económica, la “visión inclusiva” y no discriminatoria a través de la cual Japón observa las iniciativas de cooperación económica en Asia, favorece la presencia de la Argentina en foros de cooperación transpacífica como el *Pacific Basin Economic Council* (PBEC) y el *Pacific Economic Cooperation Council* (PECC). En un segundo plano de inserción por parte de la Argentina en el proceso de *institutional building* transpacífico, el apoyo brindado por Japón facilitará la participación argentina en grupos de trabajo estratégicos (agricultura o pequeñas y medianas empresas) del *Asia Pacific Economic Council* (APEC). La Argentina debe atender, en este sentido, la importancia que Japón asigna a la “historia de participación” en dichos foros de cooperación económica como paso previo para su incorporación en nuevos ámbitos de negociación y coordinación de políticas.
- La evolución del Mercosur y su utilización como mecanismo de diálogo no puede ser desligado tampoco de la estrategia de maximización de beneficios en la relación con el Japón. El diálogo político-económico entre el Japón y el Mercosur será cada vez mas necesario pero exigirá contar con una agenda definida de relacionamiento externo por parte del acuerdo. Es deseable que la “agenda ampliada” entre la Argentina y el Japón incluya la consolidación del Foro de Diálogo Mercosur-Japón priorizando aspectos relativos a cooperación financiera, técnica y la destinada al desarrollo de infraestructura económica. Dadas las

34 Es ésta una de las demandas implícitas en la negativa japonesa de otorgar créditos para proyectos conjuntos en el Mercosur al no existir una "contraparte única", sujeto de derecho internacional como garantía.

35 Ver al respecto: Japón y la Argentina, historia de sus relaciones, José R. Sanhiz Muñoz, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1997, pág.265.

actuales circunstancias, las mejoras en el diálogo deberán ser precedidas por el fortalecimiento de la "variable institucional" del Mercosur a fin de otorgar univocidad a la expresión de los intereses de los socios.³⁴

- La situación regional en Asia es inestable y Japón es quien presenta los mayores desafíos. La visión "realista" de la política internacional aún rige las percepciones de la elites políticas en Asia y el juego estratégico se considera de "suma cero" a pesar de los avances observados en la generación de consensos regionales sobre aspectos financieros, comerciales y de seguridad. Las prioridades sobre seguridad para Japón comprenden la definición de cursos de acción de mediano y largo plazo relativos a cómo balancear el poder de

China, minimizar el poder militar de Rusia en la región y estabilizar la puja que todavía mantiene por los territorios del norte, cómo mantener la paz y estabilidad en el sudeste asiático y la evolución de la situación de seguridad en la península coreana.

- En este sentido, América Latina presenta rasgos distintivos respecto de Asia. La estabilización de los conflictos políticos internos, la atenuación de los niveles de conflictividad intra e interestatales y la visión de un área con una larga tradición política de «construcción de consensos» enriquecida por la formación de asociaciones regionales intergubernamentales de negociación y resolución de conflictos favorecen estas perspectivas. En particular, Argentina y Brasil han demostrado su disposición cooperativa desactivando sus programas de desarrollo de armas nucleares u ofensivas estableciendo mecanismos de inspección como parte de las medidas de confianza mutua que fortalecen los márgenes de estabilidad política regional y la tornan confiable de acuerdo a la perspectiva estratégica del Japón.
- Japón considera a América Latina como un "mercado en creciente expansión" sobre el que priman las opciones económicas por sobre las de seguridad. Para el Japón América Latina es un área de resguardo ante el posible deterioro de la situación de seguridad a nivel regional en el mediano plazo. Siendo Japón quien se encuentra en una situación de alta vulnerabilidad, debe asegurar sus fuentes de provisión de materias primas. Asimismo, su necesidad de diversificar el riesgo de inversiones externas en el mundo es concordante con una política sostenida de atracción de nuevos capitales por parte de las economías latinoamericanas.
- De nada servirá fortalecer los mecanismos de inserción comercial del país sin el *a priori* del conocimiento de una sociedad como la japonesa en términos de sus valores, costumbres y atributos. El acrecentar los intercambios culturales y académicos entre ambas partes servirá así para demostrar el desacierto de la idea del *clash de civilizaciones* como visión rectora del "nuevo enfoque realista" sobre las causas del conflicto internacional. La formación de líderes y jóvenes profesionales que entiendan al Japón y sirvan a través de dicho conocimiento a la gestión de nuestra política exterior es un requisito fundamental de la Argentina

de hoy.³⁵ Hemos vivido aislados del mundo durante muchos años y la comprensión de otras culturas así como su incorporación a los procedimientos de definición de nuestra política exterior es restringida.

36 "The post Cold War World", en "Japan and the wider world, from the mid-nineteenth century to the present", Akira Iriye, Logman Editors, London, 1997, Capítulo 13.

- Un proceso considerado de largo plazo y evolutivo muestra al Japón empeñado en superar la distancia que divide "lo interno de lo externo", así como consiente de que el ejercicio de cualquier tipo de influencia o asunción de roles protagónicos en un nuevo orden mundial de poder en el siglo XXI deberá estar precedido por un proceso de aprendizaje sobre la naturaleza del poder mundial y la forma de operar en un contexto de crecientes incertidumbres. Si su "adaptación al sistema" en 1868 fue exitosa pero compensada luego por los errores de la Segunda Guerra Mundial, "la tercera" gran oportunidad para el Japón se ha de fundar en una aguda observación de la realidad internacional de la que también es uno de sus protagonistas no sólo como espectador sino como "hacedor" de un nuevo orden mundial.
- Las incertidumbres del escenario internacional tornan menos tolerable la inacción aparente del Japón.³⁶ Para Japón será imposible soslayar el impacto que las profundas transformaciones del sistema internacional tendrán sobre su sistema político el que deberá indefectiblemente reformar para enfrentar los desafíos de un nuevo orden mundial. No obstante, la complejidad de factores y actores intervinientes nos permite sólo observar el *maistream* del comportamiento externo japonés pero no el *downstream* de creencias, valores, ideas y actitudes de las cuales las iniciativas exteriores son sólo una expresión. Un esperado nuevo rol para Japón basado en atributos históricos, culturales e insumos de conocimiento respecto de un mundo en cambio en el cual "*the three Ss diplomacy: silent, smiling and sleeping*" - según la define Funabashi - deberá modificar su naturaleza y bajo perfil.

Para la Argentina comprender la evolución de la situación del Japón en el mediano y largo plazo adquiere relevancia ante la necesidad de adecuar recursos y capacidades de acción externa atendiendo a un nuevo orden internacional en formación y las nuevas exigencias que éste plantea en el largo plazo. En síntesis, reflexionar sobre un Japón posible no puede estar desligado del ejercicio de interpretación sobre cuáles ha de ser su rol como poder en el siglo XXI tendiente a maximizar los beneficios devenidos de una relación que pronto ingrese en una nueva fase. 

